

V

## LA TOMA DE GUANAJUATO

La triste y lógica derrota de las fuerzas independientes sobre la loma de Aculco, entre el pueblo de este nombre y el de Arroyo Zarco, fué el primer golpe que recibieron las huestes de Hidalgo después de su feliz y relativamente rápida campaña contra las posiciones del Virrey y sus ciudades, rota que desde el punto de vista militar era precisa consecuencia del pésimo sistema que para hacer la guerra se había propuesto nuestro venerable Hidalgo...

Su inmenso error, tenemos que repetirlo, fué siempre creer sacar partido de las masas ignorantes y envilecidas... y por eso desoyó las prudentes, mas aún, sabias advertencias y consejos del ínclito y marcial Allende.

Este desde el triunfo magnífico de las Cruces auguró con toda su energía y su talento, con persuasiones y arrebatos enérgicos propios del caudillo que prevé que la victoria definitiva, término de una audaz y peligrosísima campaña, va á escapar si no se aprovechan pasajeras ventajas y triunfos del instante, cuando se tiene abierto el camino de una regia y riquísima Metrópoli,

cabeza y corazón de todo un gran reino, presa del más innoble pánico; este guerrero que sabía con toda conciencia su oficio, como era notorio entre los mismos españoles, desde las maniobras de 1808 en el campamento del Encero en Jalapa, <sup>1</sup> auguró desastres terribles si no se abalanzaban sobre México... Y no habiéndose dado ese paso que era como el rayo... la retirada del ejército que tan bravísimamente atacara en el Monte de las Cruces, tenía que ser una desastrosa serie de derrotas... como la de Aculco, prólogo fatal de las subsecuentes.

Tenía que suceder. Reanimada la capital del Reino, otorgados falsamente los laureles del triunfo de la batalla de las Cruces al fugitivo Trujillo, — quien llegó á Santa Fé con Iturbide y otros prófugos con un tambor que tocaba diana; — precipitado en violenta contramarcha Hidalgo hacia el Valle de Toluca, sufriendo escandalosas dispersiones de indios, rancheros y gentes de las plebes de villas y ciudades, quienes esperaban el saqueo de México, todas las ventajas obtenidas á tan alto y sangriento precio por los insurgentes, se pierden y hacen atraer sobre el inepto generalísimo de las tropas de América interminable serie de catástrofes.

Insistimos, ya que consideramos la narración de esos acontecimientos de nuestra historia desde el punto de vista militar: si la voz táctica de Allende hubiese sido escuchada; quién sabe cuántos sacrificios y cuánta efusión de sangre se hubiera evitado!

Evidentemente, que no porque se entrase en triunfo á México y se obligara al Virrey á firmar quién sabe

1. Se esperaban por aquella época órdenes de levantar ejércitos en la colonia para resistir una invasión inglesa que se temía por la guerra entre España é Inglaterra.

cuántos documentos, se habría de triunfar. Claro era que Calleja pasaría los montes y bajaría al Valle dispuesto á escarmentar las hordas victoriosas de Allende; pero el golpe dado á la Colonia le impediría rehacerse en mucho tiempo, durante el cual los vencedores en retirada prudente y sistemática se disciplinarían, dispersados por todos los rumbos, sobre todo hacia el Sur, entre cuyas agrias sierras tomarían inexpugnables posiciones.

Hidalgo no supo comprender la sabia indicación de la estrategia que le aconsejaba en esta guerra de insurrección de masas sin armas, sin recursos y sin disciplina, ¡lo que es peor mil veces! una actitud defensiva, pero activísima, de perpetua retirada, en constante movimiento para evadir batallas campales contra tropas aguerridas y veteranas.

Así pues, apenas baja de las montañas cuando le vemos maltrecho en Aculco, abandonando una muy buena porción de bagajes, artillería y parque, consertando los campos del interior del país con el abatimiento de los fugitivos.

Pero el ánimo del caudillo anciano no desmaya, ni mucho menos el del bravo joven, verdadero militar, que con tanto interés dirigiera la batalla de las Cruces.

Semi-reorganizadas las rotas divisiones de indios rancheros y criollos que formaban los núcleos y cuadros, y rehechos los estados mayores de aquéllas, resuelven Hidalgo y Allende fraccionarse y dirigirse el primero hacia la espléndida Valladolid, rica en bastimentos y dispuesta con todo entusiasmo á unirse á la causa de la independencia, después de tomar la fuerte y hermosa ciudad de Querétaro, cuya adquisición era importantísima como punto estratégico de primer orden por

miles de circunstancias, políticas, administrativas, geográficas, generales y locales, por sus elementos y vitalidad, como puerta de toda la red de caminos que se tiende hacia el interior y Norte del país.

Pero hasta en la codicia por tomar á toda costa Querétaro, sin recursos, ni base de operaciones, ni conocimientos del estado de resistencia de una plaza de tan decisiva importancia, se advierte la nula pericia militar de Hidalgo.

Allende se lo hizo comprender y al fin tuvo que desistir aquél y resignarse á dirigirse á Valladolid, mientras con toda actividad y precisión, engrosando sus divisiones, instruyéndolas en las tardes de las duras jornadas, Allende iba á sostener Guanajuato, hacia donde le seguiría más tarde lentamente, y exterminando á los sospechosos de *Americanismo* el terrible Calleja.

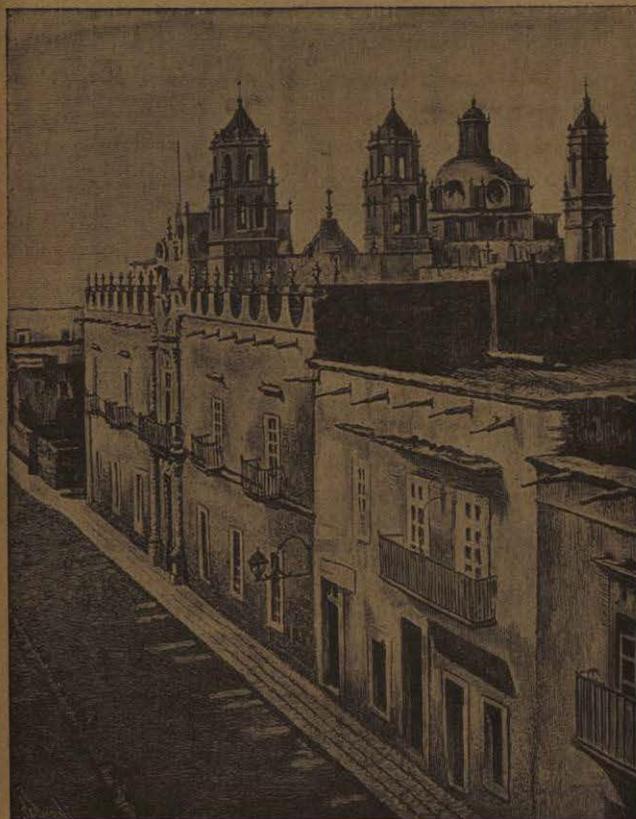
Allende fué recibido pomposamente por el Ayuntamiento y notables de Guanajuato que habían abrazado la causa de la Independencia el 13 de Noviembre, disponiendo al punto con organizadora actividad y pericia la fortificación de la plaza.

Advirtamos que la insurrección había estallado simultáneamente en muy distantes localidades por el efecto moral que produce siempre la primera victoria, tratándose de dos ejércitos enemigos de los que no se tienen antecedentes y miden sus armas por primera vez.

Zacatecas, Guadalajara, San Luis, Aguascalientes y otras ciudades del Interior y del Norte, lejanas de México, se declaraban por la independencia, al mismo tiempo que Morelos maniobraba ya victorioso y con gente denodada hacia el Sur, amagando Acapulco, puerto del Pacífico, importantísimo.

El cuadro de la sublevación se presenta, dos meses

después de iniciada por un cura humilde, admirablemente grandioso. ¡ Los criollos en su inocencia, en su



Vista del colegio de San Nicolás de Valladolid (hoy Morelia), del que fué rector don Miguel Hidalgo.

Tal como se hallaba á fines del siglo xviii.

pueril iniciación política, en aquel incierto albor crepuscular, sin práctica, sin antecedentes ni historia, los buenos criollos y los ignorantes y embrutecidos

indios creen que todo está ya hecho : que Hidalgo y los suyos han vencido y han plantado victoriosos las guadalupanas banderas en todos los edificios virreinales, y que nada más falta su voto poderoso para consumir la empresa, la magna empresa cuyas finalidades no conciben aun ni los mismos caudillos !

¡ Qué sarcasmo!... Faltaba mucha sangre, mucho fuego y tremendas catástrofes y miserias, violencias, venganzas, saqueos, ejecuciones en masa, loterías de la muerte y represalias atroces entre sitios, combates y batallas, hambres y epidemias !

Faltaba todo esto para poner en escena, sobre el teatro de la guerra de Independencia, á su término, vencedora la tricolor insignia que había de ser el simbolo de la patria independiente y libre !

El país tenía que sufrir durante once años el peso glorioso de una verdadera guerra, no de grandes campañas estratégicas y episodios tácticos ejecutados sabiamente por expertos veteranos, movilizandolos con magistral acierto, sino la más encarnizada y hondamente trágica de las campañas, la que exige más energía, previsión, saber, entereza, salud y ánimo en los jefes y soldados... ¡ La guerra de guerrillas!...

Es ella terriblemente sanguinaria, vivísima, cruel, implacable... y sin embargo, con el fraccionamiento de las muchedumbres, teniendo por doquiera el mismo espíritu, sintiendo el mismo y fijo impulso hacia el objetivo único, conduce al triunfo.

El arte de esta pequeña guerra en detalle es mucho más complicado y exige más ingenio, vigilancia, inspiración, astucia, valor y conocimientos y constancia, que el de la gran guerra que se hace combinando

cuerpos de ejército sobre firmes bases de operaciones con todo su apresto imponente y costosísimo.

Debemos decirlo : militarmente hablando, durante el primer periodo de la independencia, del 15 de Septiembre á la muerte de sus iniciadores, no hay operaciones que puedan llamarse militares... Valeroso, inteligente empuje, y combinación de masas, acertadísima y bien secundada por jefes de profunda instrucción y noble valor, fué lo que arrollara á las tropas de Trujillo. Luego... ¿á qué repetirlo más?... derrotas parciales... ocupación de plazas indefensas... y para colmo la desavenencia que llegó al enojo, á la cólera irritante, entre Hidalgo y Allende cuando éste en Guanajuato, mientras se fortifica con tino, pide justamente la cooperación de su venerable colega para resistir ambos en esa plaza las tropas sólidas de Calleja y de Flon.

Vemos al fin de 1810 una gloriosa insurrección, una enérgica protesta que tiene que vencer fatal y seguramente al yugo de viejos y altaneros reyes castellanos, pero no encontramos teatro de guerra... apenas si multitudes mal armadas dirigidas por algunos valientes que se desesperan, van de aquí para allí, sin cohesión, ni armonía en sus planes... aparentando obedecer... y obedeciendo á veces — ¡y entonces por desgracia! — al Generalísimo Don Miguel Hidalgo, que es un cura que se improvisa general... Allende, el gran Allende, es el que reorganiza las masas, en lo que es posible dicta órdenes y planes para cuadros militares é intenta una sombra de reglamento de maniobras é instrucción de reclutas... hace publicar bandos contra los desmanes y crueldades que esta clase de guerras trae aparejada... pero la corriente de los sucesos arrastra á él y á su llamado ejército, y no obstante prodigios

de ingenio, de destreza, entusiasmo y valor del pueblo y algunos buenos criollos ¡dignos mexicanos! sin esperanza de que Hidalgo le ayude en el trance apuradísimo, logra fortificar el fácil Guanajuato, nada propio para defensa alguna á causa de las eminentes cumbres que lo rodean dominándolo por completo por todas partes.

Hidalgo, triunfante y aclamado justamente por la audacia de su iniciación, deja Valladolid sabiendo que Don José Antonio Torres, bravo, tenaz y asluto ranchero de Piedra Gorda, se habia lanzado con audacia y éxito sobre Guadaluajara cuyas puertas se le abrieron después de su feliz golpe de mano.

Fué esta la iniciación brillante del egregio Torres en la carrera de triunfos militares que habia de seguir para bien de la causa de la Independencia.

El cura Mercado, de Ahualulco, entusiasmado como buen hijo de México por la causa noble, con gran ascendiente en las rancherías del Oeste de la entonces Nueva Galicia, alzó sus multitudes, las armó en huestes, y hostilizando aquí, retirándose por allá, entre lomas, ranchos, nopaleras y peñascales, logra apoderarse, al fin, del Puerto de San Blas, sorprendiéndolo. La provincia, con aquel punto hacia el mar, podía ser un excelente teatro de operaciones si los insurgentes formaran ejército.

No obstante, y en ello está la gloria de los caudillos, éstos aprovecharon esas masas, siguiendo sus ideales, sin más objeto que el bien nacional por el que habian jurado sacrificarse hasta la muerte, como lo habrian de cumplir bien pronto.

En esos mismos instantes surgia un jefe organizador, estratégico y táctico, que habria de ser alma y médula

de la insurrección armada; el que habria de constituir en ejército las chusmas y en unos cuantos meses tendria que transformarse ante la estupefacción de mexicanos y españoles, de simple abogado en ilustre campeón de la Independencia.

Entonces principiaba á hacerse notable como secretario particular de Hidalgo y como ministro de Estado y del despacho del gobierno insurgente Ignacio Rayón.

Estaba sin carácter militar alguno entonces, y bien pronto se le habria de admirar como jefe que acomete y lleva á cumplido, honroso y ventajosísimo término una de las retiradas más hermosas y audaces que registra nuestra historia militar: la del Saltillo á Zacatecas por el desierto, sin agua, perseguido y abriéndose paso á través de guerrillas enemigas bien abastecidas... acallando las conspiraciones de la ambición, del miedo y del hambre, triunfando de la naturaleza y de los hombres...

Hidalgo se encuentra en plena gloria en Guadaluajara, unido á las fuerzas de Torres y de una infinidad de caudillos leales unos, los más ambiciosos y criminales, obteniendo grandes recursos, formando planes y reclutando por centenares y miles, indios que llegaban de todas partes al olor del botín, con la esperanza de enaltecerse ó impulsados por secreto arranque de cólera contra el legendario invasor... los más por todos esos múltiples determinantes, gente indisciplinada si no se la educaba y si se la abandonaba como lo hizo Hidalgo, involuntariamente; pero que si se la instrua, atendiéndola como hicieron Rayón y Morelos, resultaba heroica, firme, tenaz, inquebrantable al fuego, al hambre y á la sed...

En México cuando nuevamente el pavor, el virrey

hostiga á Calleja para que vaya sobre Guanajuato y, después de aniquilar á Allende, pase á pulverizar en Guadalajara á Hidalgo y compañeros.

\*  
\*\*

Mientras éste en aquella ciudad intenta organizar la revolución, fundiendo cañones, construyendo armas, acopiando víveres y municiones, instruyendo á las hordas acostumbradas al saqueo y publicando manifestos y bandos, — entre ellos citemos la sublime abolición de la esclavitud, una de sus más legítimas glorias, — enviando emisarios al norte y un plenipotenciario á los Estados Unidos, Allende, más práctico, se mantiene en Guanajuato, ciudad importantísima por la adhesión de sus habitantes y los recursos de sus minas riquísimas y de su casa de moneda.

Entre tanto el brigadier Calleja, á marchas forzadas unido con las divisiones de Flon, se aproxima.

Un traidor le vende el secreto de las defensas de Allende, que consistían en diversos barrenos de pólvora practicados en la cañada de Marfil, por donde suponía que llegarían las columnas realistas. Al entrar á los barrancos deberían hacer explosión, despedazando las rocas que caerían en lluvia terrible sobre las masas enemigas.

El 24 de Noviembre principió el ataque sobre Guanajuato, en dos columnas, la primera al mando de Flon, quien avanzó por el camino llamado de la *Yerba Buena* hasta llegar á las Carreras, y el brigadier Ca-

lleja, con la segunda, por el camino nuevo de Santa Ana hasta la Valenciana, evitando entrar por el Marfil y forzando las alturas por los puntos más débiles, *volteando* la posición, no sin que en el cerro del Tumulto se librara un reñidísimo combate.

Allende, desesperado, se multiplica en los puntos de más peligro y vuelve á la carga, reanimando á sus tropas que soñaban en una victoria fácil; pero ya las recias y bien armadas fuerzas de Calleja y Flon, ocupando los cerros dominantes, abren un fuego certerísimo sobre el centro de la plaza completamente cercada.

Allende, para minorar el desastre, recoge lo mejor de las tropas insurgentes y las hace emprender fatal retirada; en tanto que la plebe furiosa, sedienta de venganza, se ensaña con los infelices europeos prisioneros en la Albóndiga de Granaditas, haciendo en ellos abominable carnicería, sabiendo que si quedan con vida, aumentarán las fuerzas de Calleja...

Allende se fortifica en la mina de Chichindaro donde pasa la noche, y al día siguiente, 25 de Noviembre, cubre la retirada de su ejército haciendo fuego con una pieza bien apuntada desde el cerro del Cuarto sobre las posiciones de Calleja, á cuyas tropas contiene un tanto hasta que, lejano ya el ejército insurgente, se le incorporó rumbo á San Felipe, donde encontró una división de Iriarte que venía á reforzarlos. Ambos reunidos siguieron hacia Aguascalientes donde entraron sin resistencia.

Aquí debemos observar que perdió á Allende su falta de previsión al creer ingenuamente que un veterano

como Calleja había de ponerse en movimiento sin reconocer antes la plaza y tomar, por todos los medios posibles, todos los datos acerca de su estado de defensa y situación de las tropas que la guarnecían, para atacar por el punto más débil... ¡Duras son las lecciones de la práctica militar y terrible la responsabilidad de un jefe que así compromete las vidas de los hijos de la patria, retardando su triunfo!

No exijamos sin embargo á los primeros augustos iniciadores de nuestra Independencia una pericia militar que sólo se obtiene tras largas bregas en los campos de batalla y en la práctica de los campamentos... ¡Demasiado hicieron con ser tan audaces!

Otra de las faltas militares que se reprochán á Allende y á Hidalgo es la absoluta carencia de concierto y armonía en sus operaciones : se dividieron, debilitándose sin apoyarse recíprocamente, ni acordar sus planes según los del colega, divergiendo en todas sus disposiciones del modo más lamentable, falta de la que el hábil Calleja se aprovechó siempre con el mejor éxito, como sagaz jefe que saca partido de todas las flaquezas de sus enemigos.

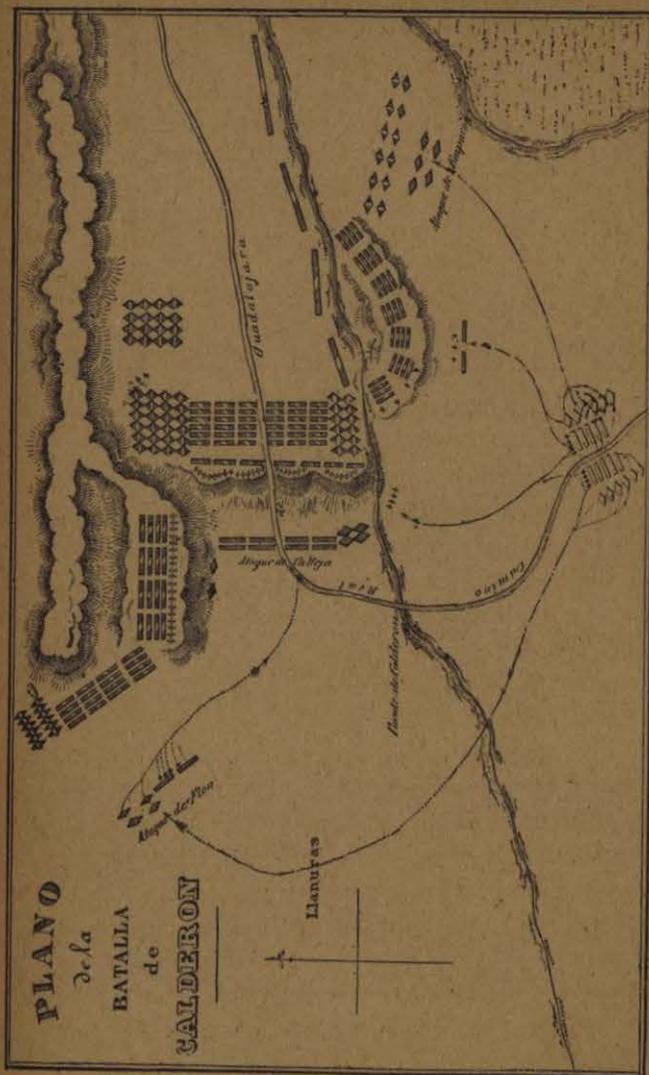
El vencedor cometió las más atroces iniquidades con una crueldad innoble y bárbara, excediendo en su sistema de terror al mismo duque de Alba en sus campañas de Flandes.

Mandó fusilar por la espalda á los más bravos y nobles jefes insurgentes de Guanajuato que no pudieron retirarse con Allende, y en la noche tenebrosa se erizaron de horcas las calles y plazas, donde á la luz de siniestros hachones, se colgaron á innumerables hijos

del pueblo que fueron sorteados para el suplicio que les impuso el *generoso militar* español.

¡Qué extraño que una vez en el camino de semejantes horrores no fuesen más y más atroces las represalias!





Batalla del Puente de Calderón. 17 de Enero de 1811.

## VI

### LA BATALLA DE CALDERÓN

En Aguascalientes, después de la pérdida de Guanajuato, Allende moraliza sus mermadas tropas, intentando instruir las en el servicio y arte militar, seleccionando lo mejor que tuvo mientras allegaba recursos y armas para dirigirse á Zacatecas, combinando en lo posible futuros planes con los de Hidalgo, que se fortalecía más y más en Guadalajara.

La revolución, no obstante el golpe de Guanajuato que volvió la moral á los realistas de México por las exageraciones de Calleja y la efectiva importancia de la reconquista de esa plaza, la revolución, decimos, no se resintió tanto como era de temerse, aunque las pérdidas fueron terribles para los insurgentes, pues ya iban dos derrotas serias después de los primeros éxitos.

Vamos á contemplar con tristeza la repetición de los mismos errores en lo subsecuente, ocasionando, por supuesto, más y más serios desastres.

Sabiendo Allende que las tropas de Calleja y Cruz se van á reunir con el objeto de atacar Guadalajara,

cambia de itinerario y corre hacia esta plaza para reforzar á Hidalgo y evitar una segunda derrota, tanto más probable cuanto que el general realista Cruz había tomado ya Valladolid desbaratando las guerrillas insurgentes, indisciplinadas y mal armadas que intentaban detenerle en su marcha.

Había mandado Hidalgo las tropas del coronel Ruperto Mier, antiguo capitán del Regimiento de Valladolid, á contener las fuerzas de Cruz, siendo derrotadas en el puente de Urepétiro. Sin embargo, se logró impedir la reunión de las tropas de Calleja con las del Brigadier Cruz.

El 12 de Diciembre entra Allende en Guadalajara, recibido con grandes agasajos y honores por Hidalgo y sus tropas, el Ayuntamiento y el pueblo.

Más de cien mil hombres, la mayor parte inútiles, ineptos, desmoralizados é inermes, componían el ejército de Hidalgo, y uno de los más grandes trabajos del incansable Allende fué tratar de darles siquiera leve apariencia de organización y una pálida imagen de disciplina.

¡Había aún mucho entusiasmo entre los criollos y diariamente los caudillos recibían parte y comunicaciones de San Luis Potosí, Zacatecas, Saltillo, Culiacán y otros puntos, ofreciendo recursos y voluntades y energías á la nueva causa!

¡Cuántos elementos para emprender en vigorosísima campaña, sosteniéndose á la defensiva, batallas campales, abandonando las plazas importantes después de dejarlas exhaustas á la aproximación del enemigo, en tanto que se iba sobre otras, levantando el espíritu nacional con el brío en que tan pródigos fueron aquellos audaces jefes!

Lo repetimos: carecían de la lúcida y dolorosa experiencia de la guerra, y sólo Allende pudo prever los desastres de presentar batalla á tropas regulares, disciplinadas y hechas al fuego, con la confianza en sus jefes y en sus armas que dan siempre extrema solidez y fiereza al soldado en los más apretados trances de la guerra.

Nada de esto comprendía Hidalgo; por el contrario, creía que con tan gran número de fuerzas como eran las que tenían á sus órdenes, caerían como avalancha furiosísima que aplastaría á las columnas de Calleja con todos sus caballos, trenes y artillería.

Hubo sabias voces que aconsejaron al Generalísimo de las tropas de América que escogiese lo mejor y más sólido de éstas, para evitarse estorbos, embarazos, compromisos y gastos, y se internara por las sierras á instruírlas y armarlas convenientemente, formando un corto pero sólido ejército fogueado en choques parciales, bien á prueba de refriegas y fatigas...

Proyecto imposible, por otra parte, para los que anhelaban obrar rápidamente y que daba tiempo á su vez á los realistas para levantar y aun traer ejércitos mejores contando con inagotables elementos y caudales.

¡Había que ir á resistir la marcha asoladora y rapidísima de Calleja, que por Lagos se aproximaba con toda la seguridad de su triunfo!

Los insurgentes tenían noventa y seis piezas de artillería, incluso la que con gran trabajo se llevaron del puerto de San Blas, y ciento siete mil hombres, la mayor parte indios de las cercanías y de la Sierra, armados con garrotes, lanzas improvisadas, machetes viejos, hondas y cohetes con pullas y ganchos, los que deberían arrojar sobre la caballería enemiga para

desorganizarla, ingenioso expediente que inmovilizaba brazos para alarmar uno que otro caballo...

Acampa el ejército insurgente con Hidalgo, Allende, Torres é Iriarte á su cabeza, ante Guadalajara, formado en doble línea de batalla con una reserva de caballería, lo más fuerte y bien armado, intercalando entre las fracciones las piezas y sus sirvientes.

Se habia verificado una solemne junta de guerra para acordar el plan, adhiriéndose los jefes al de Hidalgo, que fué el que se siguió sin atender al de Allende que era escalonar fuerzas y reservas ante Calleja, para que, en caso de manifiesta superioridad, se pudieran salvar los mejores elementos que serian retirados en buen orden, para organizar, sin derrota efectiva, mejor defensa en nuevo teatro de operaciones.

¡ Si se hubiera escuchado, como en las Cruces y Aculco, la voz del arte militar en boca del ilustre Allende, acaso los reveses de la triste jornada de Calderón no aniquilaran por entonces toda la fuerza de la noble causa nacional!

Habiéndose sabido la derrota de Mier, determinó Hidalgo avanzar hasta delante del puente de Calderón, donde tomó posiciones el ejército, dispuesto á dar batalla á las tropas realistas que avanzaban por el camino real de México á Guadalajara.

Allende, una vez aprobado el plan de Hidalgo, juró que aun no considerándolo de éxito, lo secundaría con todas sus fuerzas hasta perder la vida adhiriéndose á él, y en efecto vemos al valiente caudillo estudiar el terreno y dar admirable formación táctica á las columnas insurgentes, colocándolas sobre lomas dominantes que siguen casi paralelas la corriente del río, ante el puente de Calderón que, — falta imperdonable,

— no hubo tiempo para destruir y que Calleja intentó ocupar la noche del 16 de Enero, librándose un serio combate de avanzadas.

La caballería, en espesas columnas, fué situada en los flancos y á retaguardia, como reserva; hacia el centro en lo alto de una loma lo mejor de la infantería en cuatro líneas con granadas de mano, hondas y malos fusiles, y adelante una gran batería de sesenta y siete piezas de artillería abocada hacia la opuesta margen del río, y flanqueada por otras baterías menores. Bajo la gran batería se situaron líneas de indios flecheros.

Delante de la línea de batalla de Hidalgo, se extendían llanuras y el río cuyos pasos podían ser batidos con eficacia si la artillería insurgente hubiera sido siquiera de mediana calidad y fuese servida por regulares artilleros. En suma, para un ejército sólido y disciplinado, aunque fuera una décima parte menor del que llevaba el caudillo insurgente, aquella posición hubiera sido inexpugnable, y lo prueba el hecho de que sólo un triste incidente hizo perder la batalla.

Hidalgo tuvo tal confianza en la victoria desde los primeros instantes del amanecer del día 17 de Enero, que exclama cuando se le advierte que las tropas de Iriarte no aparecen: — *¡ Mejor, no tendrá parte en las glorias de este día!*

Allende también vuelve á la esperanza, alentado por la excelente posición de sus tropas.

Calleja se dispuso á su vez lo mejor que le permitían las circunstancias, pero con la plena convicción muy natural, de arrollar las hordas indisciplinadas de indios desunidos, apenas armados con hondas y garrotes. Además se aprovechó de su pésima táctica.

Por otra parte, el ejército realista contaba con tres mil hombres, ocho grandes piezas de artillería muy bien dirigidas y cuatro mil jinetes, amén de miles de indios que sirvieron como zapadores para facilitar el terreno á la inmensa caballería en el paso del río por la derecha y la izquierda, y para arrastrar los cañones en el asalto.

El plan de ataque de Calleja era sencillo y prudente: el conde de la Cadena atacaría la derecha con su columna mixta, llevando cubierta por sus dragones la artillería para ametrallar las huestes enemigas á tiro de pistola, á tiempo que Emparan, en el ala opuesta, cargara con la caballería sobre el flanco izquierdo enemigo hasta rebasarlo, yendo á sorprender las compactas reservas insurgentes, mientras Calleja esperaba en el centro, con sus reservas, que se iniciara el combate en las alas de la línea enemiga. Á ellas iría sin duda el auxilio del bravo Allende con sus mejores tropas situadas también en el centro, sobre escarpadas alturas. Entonces Calleja atacaría impetuosamente, pasando el puente, contra éstas, desguarnecidas, antes de que hubiera tiempo de que tornaran las fuerzas que llevó Allende.

Así tajaría en dos trozos al enemigo, dando la mano á Flon para atacar entonces, reunidos ambos, la gran batería insurgente de setenta y siete piezas.

Estas maniobras habrían de ejecutarse con la mayor rapidez, protegidas las columnas en sus alas por los soldados más valientes y los más certeros tiradores.

Emparan, en esos instantes, desorganizaría las reservas y procuraría cerrar á los insurgentes el camino de la retirada. De las órdenes y primeras disposiciones de Calleja se deduce este plan atrevido, confiando tal vez

en que el realista Cruz, con sus divisiones, le apoyaría en la persecución cuando en la tarde llegase.

Hay en las filas insurgentes una gran confianza: Hidalgo, Allende, Torres y Don Ignacio Rayón, — buen militar ya organizador y táctico aunque sin carácter oficial en esas circunstancias, — recorren á caballo la sinuosa línea del frente de sus columnas, animando á la gente con arengas entusiastas á las que contestan cien mil vivas que atruenan en la llanura...

Á una señal de Calleja avanzan al paso las columnas de Flon y Emparan que se despliegan con toda corrección en abanico á derecha é izquierda del camino real, protegidas las alas por sus caballerías y llevando á vanguardia sus terribles cañones... Truenan en esas columnas el grito de:

— ¡ Viva el Rey!

— ¡ Viva la virgen de Guadalupe! ¡ Mueran los gachupines! — contestan los insurgentes, y sus baterías hacen las primeras descargas sobre las columnas de los flancos... Poco después, á la carga avanzan los infantes realistas y entra en escena su fusilería... Flon pasa el río adelante del puente y se bate con rabia y empuja la caballería, rebasando la derecha insurgente cuyos jinetes retroceden... pero acude Allende con sus reservas de á caballo y á su vez envuelve al Conde de la Cadena que vacila y tras de empeñoso y largo combate se retira para rehacerse tras las escarpaduras del río. Acomete de nuevo; animase la refriega, flaquean los realistas bajo una tempestad de duras piedras que arrojan desde lo alto de las lomas los miles de indios honderos, aullan de gozo los insurgentes; pero el Conde de la Cadena, frenético de ira, volvió á la carga dando á los suyos brillante ejemplo de intrepidez, adelantándose

con tal brío que pudo conquistar cuatro cañones y un carro de parque, poniendo en fuga á los defensores de la batería; pero éstos, rehechos á su vez, reforzados con lanceros que envía Hidalgo, envuelven amenazadoramente al victorioso Flon que se ve obligado á retirarse.

Calleja, en tanto, se ha lanzado como un rayo sobre el centro enemigo con el objeto de tomar, con sus mejores fuerzas, la gran batería de sesenta y siete cañones que con los batallones provinciales bien disciplinados y armados de fusiles, forman el núcleo respetable y temible del enemigo, — nudo que con su valiente espada pretende cortar Calleja de un golpe y en el instante en que sus tenientes desbaratan los extremos de la línea de batalla. — Arrójase sobre el puente como una tromba llevando á vanguardia seis cañones; un fuerte cuerpo de caballería insurgente va á disputarle el paso á la columna asaltante, á la que en vano pretenden foguear las baterías de los independientes — su puntería es muy alta y no puede cambiarse en un momento. — Calleja, en el antepuente, ametralla al enemigo con sus cañones, trábese un combate desesperado, y el realista triunfa, arrollando cuanto se le opone; oblicúa á la izquierda, toma una batería de siete bocas de fuego, en el extremo izquierdo de las colinas, intentando unirse con las fuerzas del Conde de la Cadena. En ese momento, situado en un punto dominante, ve el aspecto general de la batalla, contemplando con rabia que la división de Emparan, compuesta de numerosa caballería, que debía en esos momentos desbaratar las reservas enemigas, acuchillando su retaguardia, ha sido derrotada y hay regimientos que dan media vuelta, como el de San Carlos que siguiendo el ejemplo de su

coronel Ceballos se precipita prófugo á toda brida rumbo á su campamento.

Comprende también el brigadier Calleja la situación comprometida del Conde de la Cadena en el otro flanco, y envía en su auxilio á los tenientes coroneles Villamil y Castillo Bustamante y al comandante Díaz de Solórzano con el segundo batallón de granaderos, dos escuadrones del cuerpo de frontera y dos piezas de artillería. Á Emparan manda de refuerzo el 1.<sup>er</sup> batallón de Granaderos al mando del coronel Jalón, yendo personalmente Calleja á hacer volver al combate á los fugitivos. Este se restablece de nuevo en toda la línea, pero Flon, no obstante el vigoroso auxilio que le llega, no puede sostenerse y ceja abrumado por compactas masas de jinetes lanceros vanamente heridos por la metralla que los despedaza.

Calleja va de un punto á otro; contiene á su turno á las fracciones del Conde de la Cadena que ya en confusión se retiran; las reforma tras de sus cañones; las aumenta con parte de sus reservas, arengándolas heroicamente... En ese instante, en la línea de batalla de los insurgentes, Allende se multiplicaba también encontrándose en el punto donde la refriega era más encarnizada ó en el puesto donde el empuje enemigo era más peligroso.

Calleja, viendo que después de seis horas de combate amenazaban triunfar sus enemigos, se decide á dar el último golpe con todas sus fuerzas reunidas á sus reservas, en masa compacta, llevando á su frente en una sola batería sus diez cañones. Mientras ejecutan estas maniobras rápidamente, ordena suspender el fuego, lo que hace que el adversario lo avive creyendo ya en el triunfo.

Algunos artilleros realistas no comprenden ó no obedecen la orden de su jefe y contestan al fuego enemigo.

En esos momentos una granada fué á caer sobre un carro de parque de los insurgentes; escúchase una inmensa detonación y por todo el llano se tiende de súbito una enorme sábana de llamas. En efecto, aquel campo estaba cubierto en parte de un zacate alto y seco que ardía vivamente extinguiéndose al punto. El viento que soplabá de cara á los insurgentes envolvióles en olas de humo y fuego. Calleja, en el instante, aprovecha el incidente viendo un principio de pánico en sus enemigos en tanto que los suyos lanzan gritos de triunfo... No vacila ya: precipita la formación de sus columnas, y poniéndose á su frente, se abate con fiereza y delirante brío al toque de degüello, restableciendo el combate, arrollando, ametrallando á las huestes independientes envueltas por todas partes por el fuego. En un instante se consumó la derrota.

Ni Hidalgo ni Allende pudieron hacer el milagro de contener el pánico de los suyos, que se desbandan aterrizados por el incendio del campo, del que no pudieron comprender su momentáneo efecto.

Ya estaba ganada la batalla, pero en gente bisoña, sin cohesión, ni disciplina, sin jefes natos é instruidos, aun en pleno triunfo puede un detalle cualquiera adverso hacer soplar el huracán dispersador del pánico, barriendo en súbita derrota con toda la epopeya de la tremenda jornada.

La caballería realista cargó entonces á su gusto sobre las hordas fugitivas, dando sablazos y hundiendo sus lanzas en desnudas carnes, empapando en sangre los campos, sangre que sobre las cenizas resbala lentamente al río.

El Conde de la Cadena persigue con más furor á los que huyen y tanto se adelanta que éstos hacen una vuelta ofensiva sobre él; lo cercan y lo acribillan á lanzazos, dejando su cadáver abandonado sobre el campo de batalla.

Cuando Allende buscaba la reserva compuesta de la caballería de Torres, ya éste se había retirado con ella acompañado de Rayón, salvando algunos pertrechos de guerra y los caudales del ejército.

Terribles, funestísimas fueron las consecuencias de esa batalla que estaba ya ganada por Allende.

La influencia de los caudillos sufrió un golpe mortal: ¡fué un aplastamiento enorme!

Batallas como la que esbozamos, cuando dos ejércitos, dos causas enemigas teniendo cada una á su respectiva retaguardia medio reino que perder y delante otra mitad que ganar, según el éxito, matando al enemigo, aniquilando sus riquezas y conquistas, ó perdiendo cuanto se tiene; batallas así, son terriblemente decisivas y es sombríamente sarcástico que se pierdan cuando ya están para ganarse, sólo porque cae una bala perdida sobre un carro de parque!

¡ Los restos del ejército de Hidalgo y Allende se dispersaron por diversos rumbos desordenadamente, pudiendo recogerse tan sólo algunos miles de criollos, y de indios con los que se formaron cuerpos mal armados y sin moral, con cuya escolta, gracias á la inquebrantable fe y poderosa voluntad de los caudillos, se dirigieron rumbo á Zacatecas, pues el norte estaba casi libre de enemigos.

Iban incansables los eminentes libertadores á rehacerse en los desiertos septentrionales, tras triste experiencia que no amenguaba su valor.

Y por principio de enmienda en sus errores disculpables, convínose en junta celebrada en la hacienda del Pubellón, en destituir del mando militar á Hidalgo, á quien se hacía cargo de los últimos desastres.

Para esos valientes iniciadores de nuestra independencia nacional, era ya tarde...

Los reveses habían sido terribles y por lo pronto no eran reparables... Tras la derrota de Calderón, vendrían las fatales y tristísimas defecciones de los débiles, los traidores y los venales.

¿Qué mexicano ignora el triste epílogo que constituye el primer período de la guerra de independencia?...

En Zacatecas, se reúnen con los patriotas que anhelan seguir la contienda, aunque todos presienten, como lo dijo Hidalgo, que los iniciadores de las más nobles y libertadoras revoluciones nunca disfrutaban de las alegrías del triunfo y sí de las más amargas decepciones por obtenerlo.

En divisiones escalonadas parten rumbo al Saltillo, de donde se dirigen hacia los Estados Unidos para hacerse de armas y fuerzas que constituyan moralizado y firme ejército apto para el choque contra el viejo trono virreinal.

Dejan á Ignacio Rayón — quien con Torres salvara los tesoros del viejo ejército, y que era entonces Secretario particular de Hidalgo — con el encargo de sostener la causa de la independencia en el Norte.

En tanto que la pléyade de los otros caudillos, Allende, Jiménez, los Aldama, Balleza, Abasolo, etc., se lanzan hacia la gloria del martirio, sucumbiendo en la abominable celada de la traición de Elizondo en las Norias de Baján, Coahuila 21 de Marzo de 1811.

Todos murieron en el cadalso como valientes adalides de la gran causa libertadora...

Y, ¡oh! el desventurado Allende, el bravo y recto campeón todo heroísmo y lealtad, todo sacrificio por sus grandes ideales, fué fusilado por la espalda... ¡por traidor á la patria!... ¿Él traidor?... ¡Qué sarcasmo!

